

Meditación para matrimonios

Luz de Cristo

Canto de inicio: Recíbeme

Sacerdote:

Señor Jesús, nos hemos reunido en este lugar de oración para tener un momento de Cenáculo junto a ti. Estos esposos quieren renovar la gracia del sacramento que han recibido de ti, que los une a tu persona en una estrecha comunidad de vida, de amor y de misión.

Las palabras que tú dijiste a tus discípulos, se las repites ahora también a ellos:

“Ustedes son la sal de este mundo”.

“Una ciudad construida en lo alto de un cerro no puede esconderse”.

“Ni se enciende una lámpara para ponerla debajo de la mesa, antes bien, se la pone en alto para que alumbre a todos los que están en la casa. Que brille su luz delante de la gente, para que, viendo sus buenas obras, alaben al Padre de los cielos”.

(Mt 5, 13 ss.)

Canto: Espíritu Santo, ven, ven, realiza tu Pentecostés...

Sacerdote:

Queridos esposos, cada uno de ustedes ha recibido un pequeño cirio. Hemos elegido este símbolo que nos recuerda el envío que el Señor ha hecho de nosotros: ser una luz que brilla en medio del mundo. Este símbolo nos acompañará durante este momento de oración. Les ruego que ahora lo enciendan y luego lo coloquen en el suelo, delante de ustedes.

(Pequeña pausa)

Recordamos las palabras del Señor en el Evangelio:

"No se enciende una luz para ponerla debajo de la mesa...
Que brille vuestra luz delante de los hombres."

¡Cuántas veces, sin embargo, la luz que tú encendiste en nosotros, no la hemos hecho brillar!

Tú dijiste: “¡Yo soy la luz del mundo!”. Tú quieres que, cada uno de nosotros, no esconda esa luz

Lector 1 (hombre)

Sí, Señor, como matrimonios de nuestra Comunidad de Militantes, estamos llamados, en forma muy especial, a ser una luz que brilla en medio del mundo.

Nos sabemos matrimonios y familias llamadas a salir al rescate de las familias, a ser una levadura capaz de hacer fermentar toda la masa. Nuestro padre y fundador nos llamó a vivir ese espíritu. Con él rezamos a Dios Padre:

Lector 2 (mujer):

Padre, nos escogiste en Cristo,
como instrumentos para su reino,
como semilla, luz y levadura,
para la redención del mundo.
Con su Compañera, la Gran Señal,
para alejar el influjo del demonio.

Canto: Mi Señor y mi Dios...

Sacerdote:

Les ruego que ahora tomen esa luz que pusieron delante de ustedes y que la levanten ambos en alto. Al hacer este gesto queremos expresar nuestra voluntad de hacer brillar la luz que el Señor y nuestra Mater han encendido en nuestros corazones. Mantengamos esa luz por un momento en alto. Digamos al Señor que no queremos guardar para nosotros esa luz; que no queremos ponerla bajo la mesa, sino sobre ella, para que alumbre a muchos.

(Podemos bajar el cirio y sostenerlo en nuestras manos)

(Hacer un punteo de guitarra por un momento. Luego continúan ambos lectores)

Lector 1 y 2:

Danos, Padre, arder como un fuego vigoroso,
marchar con alegría hacia los pueblos
y, combatiendo como testigos de la redención,
guiarlos jubilosamente a la Santísima Trinidad.

Lector 1:

Señor, tú encendiste en nosotros tu fuego
y quieres que ese fuego arda.
Como matrimonios de la Militancia
no queremos defraudar las esperanzas
que tienes puestas en nosotros.
Queremos dar un sí de militantes,
un sí fiel y comprometido.

Lector 1 y 2:

Danos, Padre, arder como un fuego vigoroso,
marchar con alegría hacia los pueblos
y, combatiendo como testigos de la redención,
guiarlos jubilosamente a la Santísima Trinidad.

Canto: "Ven, ... Mi alma tiene sed de ti..."

(Cortina con punteo de guitarra)

Sacerdote:

Hemos levantado en alto esa pequeña luz
que ahora sostenemos
en nuestras manos frente a nosotros.
Ella es un símbolo de lo que somos.
Muchas veces nuestra luz es demasiado débil,
es pequeña, vacilante y a veces tiende a apagarse.
¡Qué lejos estamos de ser esa luz que brilla en las tinieblas!
Casi quisiéramos decir:
Señor, envía a otros cuya llama arde con mayor fuerza.
Nuestra llama no arde como debiera arder.
No logramos disipar ni siquiera nuestras propias tinieblas.

Meditemos un momento en silencio, reflexionemos cómo vemos nuestra llama: su fuerza, su calor, su estabilidad...

(Sigue el punteo de guitarra)

Sacerdote:

No teman, pequeña grey, dice el Señor,
porque el Padre quiso darles a ustedes el reino.
No fueron ustedes los que me eligieron a mí.
Fui yo quien los elegí
y los destiné para que den fruto y un fruto que permanezca.

Yo los elegí para que juntos, como esposos,
lleven al mundo mi Buena Nueva.
Los elegí para que fueran uno solo en el amor
y su luz iluminara e irradiara calor,
para que ustedes fueran un signo de esperanza
para muchos matrimonios.

Lector 2:

Cuando miramos nuestra pequeñez, Señor,
nos cuesta creer en tu llamado.
Pero sabemos que tú eliges a la nada de este mundo
para realizar tu obra, tal como lo hiciste con María.

Canto: No me eligieron ustedes, fui yo quien los elegí...

(Cortina con punteo de guitarra)

Sacerdote:

Les pido ahora, a los esposos, que tomen la luz y la sostengan en sus manos.

Así dice el Señor:

A ustedes, esposos, les pido:

amen a sus esposas como yo he amado a la Iglesia.

Esa luz que tienen en sus manos simboliza

lo que ella es para ustedes.

Amen a su esposa como yo he amado a la Iglesia, mi Esposa.

La he amado con todo mi ser:

por ella vine al mundo,

a ella me entregué por entero,

me uní a ella en una alianza eterna.

Le he sido fiel, he estado siempre junto a ella.

Di mi vida para que fuese santa e inmaculada en mi amor.

Amen también ustedes así a sus esposas.

(Punteo de guitarra. Luego continúa el lector)

Lector 1:

Señor, esta luz que tengo en mis manos,

que simboliza a mi esposa,

es la luz que ilumina mi vida;

ella se ha consumido en el amor

y en la entrega a mí y a nuestros hijos.

¡Cuánto amor, cuánto calor y dedicación

he recibido a través de ella:

por su compañía, su cuidado,

su perdón, su ternura, su servicio...!

Gracias, Señor.

Enséñame tú a amar a mi esposa

como tú amas a tu Iglesia:

con mayor cariño, con mayor cercanía y respeto,

con espíritu de renuncia a mis egoísmos.

Que nunca falte a la consideración por ella,

Que siempre mi trato a ella

sea lleno de respeto y delicadeza.

Señor, que nunca se apague esta luz

que ilumina mi vida.

Antífona: No me eligieron ustedes...

(Cortina de guitarra)

Sacerdote:

Ahora, les pido a las esposas que tomen la luz entre sus manos.

Esposas, les dice el Señor,
amen a sus esposos como María me ama,
como mi Madre y Compañera, imagen pura de la Iglesia,
me ama y se entrega a mí.
Ella es la Madre del amor hermoso.
Séanlo también ustedes para sus esposos.
Ámenlos y enséñenles a amar así como yo amo.
Sean signos del verdadero amor para ellos.
De un amor acogedor, íntimo, dispuesto a servir.
Atráiganlos a mi corazón
tal como María atrae a mi corazón
a todos los que el Padre me ha dado.

(Punteo de guitarra. Luego continúa el lector)

Lector 2:

Señor, tú que eres la luz del mundo,
te has regalado a mí en mi esposo.
Su sí de entrega es tu sí a mi persona;
perteneciendo a él te pertenezco a ti.
No permitas que mis limitaciones
y sus limitaciones
empañen el amor que le tengo.
Quiero amarlo con todo mi corazón y así,
en él, amarte a ti.
Quiero guardar y cobijar su luz
en el santuario de mi corazón,
para que ambos seamos una sola luz en tu luz.

Canto: Ven amada mía

(Pueden ahora tomar asiento)

Sacerdote:

Les ruego que sostengan juntos, en la palma de su mano, la pequeña luz.
En ella vemos también a nuestros hijos.
Con este gesto expresamos que el Señor
nos ha confiado esa luz de nuestros hijos
para que nosotros la protejamos de los vientos y de la intemperie;
para que esa luz pueda arder, iluminar y crecer.

(Punteo de guitarra que continúa durante la oración siguiente)

Toda paternidad viene de lo alto, dice el Señor.
Ustedes son padres
porque Dios quiso hacerlos co-creadores
y co-redentores de sus hijos.

Con ello les entregó un don precioso,
un regalo que es, a la vez, una gran tarea.
Son ustedes los llamados a hacerles sentir,
en su amor de padres,
la fuerza del amor de Dios.

Yo soy el Buen Pastor, pero lo soy en ustedes, les dice el Señor.
Si ellos reconocen mi voz,
es porque la reconocen en la voz de ustedes.

Ellos sabrán que yo los llamo por su nombre,
porque ustedes los llaman por su nombre.

Si yo quiero llevarlos a pastar en las mejores praderas,
lo haré cuando ustedes los lleven a ellas.

Si quiero defenderlos del Maligno,
son ustedes quienes tienen que defenderlos.

Si yo quiero ir mostrándoles el camino,
son ustedes quienes deben ir delante de ellos
mostrándoles el camino.

Yo doy mi vida por mis ovejas,
la doy cuando ustedes dan su vida por sus hijos.
En sus manos pongo su luz.

(Termina guitarra de fondo)

Lector 1:

Señor Jesús, el fuego de nuestro amor
encendió la vida de nuestros hijos.
Ellos son el fruto de nuestro amor.
Tú nos los has confiado.
A ellos les hemos dado lo mejor que tenemos,
aunque sabemos muy bien
que podríamos haberles dado más aún,
siendo más generosos y desprendidos
en nuestro servicio y entrega a ellos.
Ayúdanos a ser tu rostro cercano,
respetando su originalidad y el designio de amor
que tú tienes para con cada uno de ellos.

Lector 2:

Señor, danos tu amor para encender su corazón.
Que la claridad de tu luz ilumine su mente y su alma.
Queremos transmitirles nuestra fe en ti,
encender en su corazón

la llama del amor a ti y a Dios Padre.
Dándoles nuestra vida, queremos darles tu vida.

Lector 1:

Quema, Señor, en nosotros,
todo lo que no arde,
lo que no viene de ti,
para que podamos ser para ellos
dignas imágenes tuyas y del Padre Dios.

Canto: Maravillas

(Cortina de guitarra)

Sacerdote:

Les ruego que dejen ahora el cirio sobre el banco que tienen frente a ustedes. Con ello queremos simbolizar que la luz y el fuego de su amor de esposos y de padres lo vivimos en medio de un mundo muchas veces inhóspito, que amenaza constantemente apagar esa luz y extinguir ese fuego.

(Sigue un momento la guitarra)

Sacerdote:

Escuchemos lo que nos dice el apóstol Pablo:

Ustedes, hermanos, no están en la oscuridad para que el día del regreso del Señor los sorprenda como un ladrón. Todos ustedes son hijos de la luz y del día. No son hijos de la noche ni de las tinieblas.

Por eso, no deben dormirse como los otros, sino mantenerse despiertos.

Y seamos sobrios. Los que duermen, duermen de noche, y los que se embriagan, de noche se embriagan; pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios.

Debemos revestirnos de la coraza de la fe y del amor, y cubrirnos como con un casco, con la esperanza de la salvación... Por eso, anímense y fortalézcanse unos a otros, tal como ya lo están haciendo." (1 Tess 5, 4 ss)

Lector 1:

Señor, tú conoces nuestro combate. Es duro.
Nuestra vida cotidiana nos zarandea de un lugar a otro;
los problemas nos acosan.
Vivimos en un mundo donde cuesta encontrarte,
donde tantas cosas nos atraen
y alejan de ti, de nuestros propósitos e ideales.

Lectores 1 y 2:

Señor, enciende tu luz en nuestras tinieblas.

Haz que seamos verdaderamente hijos del día y no de las tinieblas.
Que la claridad de tu luz habite en nuestro ser,
en nuestro hogar
y en nuestro trabajo.
Ayúdanos a ser y a comportarnos como hijos de la luz,
para ser portadores de esperanza en medio del mundo.

Sacerdote:

El apóstol Pablo se dirige a nosotros una vez más diciendo:

Tengan en cuenta el tiempo en que vivimos, y sepan que ya es hora de despertarnos del sueño. Porque nuestra salvación está más cerca que al principio, cuando creímos en el mensaje.

La noche está muy avanzada y se acerca el día. Por eso dejemos de hacer las cosas propias de la oscuridad y revistámonos de luz como un soldado que se reviste de su armadura. Actuemos como en pleno día, con decencia; no andemos en inmoralidades y vicios, ni en discordias ni envidias. Al contrario, revístanse ustedes del Señor Jesucristo y no busquen satisfacer los malos deseos de la naturaleza humana. (Rom 14, 11 ss)

Lector 1:

Señor, haz que despertemos de nuestro sueño.
No permitas que nos quedemos dormidos
como Pedro, Juan y Santiago,
cuando tú los llamaste a estar contigo.
Tú, Señor, nos llamas a despojarnos
de las obras de las tinieblas.
Tú sabes bien cuáles son nuestras tinieblas personales:
inconstancia, inconsecuencia, comodidad,
falta de profundidad en nuestra unión contigo.
Ayúdanos a despojarnos de esas tinieblas
que apagan nuestra luz.

Lector 2:

Tú sabes cuáles son nuestras tinieblas como esposos:
no nos dejamos tiempo para dialogar,
no abordamos nuestros conflictos,
nos tratamos a veces sin cariño,
nos cuesta tanto renunciar a nuestro pequeño yo.
Ayúdanos a despojarnos de nuestras tinieblas
para que brille en nosotros tu luz
y arda en nosotros tu fuego.

Canto: Getsemaní

(Cortina de guitarra)

Sacerdote:

Dice el Señor:

Yo sé que las tareas que he puesto sobre sus débiles hombros los sobrepasan, por eso les vuelvo a decir como a Juan, mi discípulo amado: "Ahí tienes a tu Madre". Ahí tienen a su Madre, la tienen en su pequeño santuario.

Porque les he confiado como matrimonios grandes tareas, también les he regalado mis mejores dones.

Les regalé en forma especial, única, a María, mi Madre y Compañera, y con ella las gracias que ella generosamente les entrega en su santuario.

Confíen en ella. Ámenla con todo su corazón.

Que ella esté en el centro de sus hogares.

Así estaré yo en medio de ustedes y nada les faltará.

Les repito: ustedes son la luz del mundo y la sal de la tierra.

Los necesito ahora más que nunca.

Tengo que redimir el amor humano.

Tengo que redimir el matrimonio.

Tengo que redimir las familias.

Por eso, los necesito a ustedes.

Canto: Canción del Sí**Sacerdote:**

Tomamos nuevamente la pequeña luz y juntos la elevamos sobre nosotros como signo de que una vez más asumimos la tarea que el Señor les confía. Espiritualmente se la entregamos a María.

Lector 1 y 2:

Sí, Señor, con ella, nuestra Madre y Reina Victoriosa,
con su amor y cuidado,
brillará nuestra luz y disiparemos las tinieblas.

Que brille nuestra luz ante los hombres
para que, viendo como somos y como vivimos,
alaben al Padre que está en los cielos.

Sacerdote:

Ahora nos dirigiremos, con nuestras luces encendidas, hasta el altar.
Las iremos colocando en torno a la imagen de María,
implorando con ella el don del Fuego de Dios.

Querida Madre y Reina nuestra,
Señora de la Luz,
Faro luminoso que irradia en medio del mundo,
Luz tenue y poderosa,
Fuego que nunca se extingue.

Mira a estos hijos tuyos,
que hoy se han congregado
en torno a tu santuario y escucha su oración.

Canto: a María

Lector 1:

María, Reina de Schoenstatt
y de esta tierra santa,
desciende a nuestro amor de esposos
e inúndanos con la claridad de tu luz.
Reina en cada uno de nuestros hogares.
Conviértelos en pequeños santuarios tuyos
donde se irradie tu luz
que llegue a muchas familias,
a nuestros lugares de trabajo,
a nuestros apostolados,
a tantos esposos que necesitan de ti y del Señor.

Lector 2:

Madre y Reina nuestra,
gracias por haber mirado nuestra pequeñez.
Glorifícate en nosotros.
Como tus hijos,
miembros de la Militancia,
te decimos:
¡puedes contar con nosotros!
Llevaremos al mundo tu luz,
la luz de Cristo.
No la esconderemos
sino que la haremos brillar con fuerza.
Queremos ser apóstoles incansables
en la viña del Señor.
Por eso te pedimos:

Aseméjanos a ti e enséñanos a caminar por la vida,
tal como tú lo hiciste:
fuerte y digna, sencilla y bondadosa,
repartiendo amor, paz y alegría.
En nosotros recorre nuestro tiempo
preparándolo para Cristo Jesús.

Sacerdote:

Consagrémonos una vez más a María.
Pongamos en sus manos
cada uno de nuestros hijos,
nuestro hogar y nuestro trabajo,
nuestro apostolado,

nuestros anhelos,
nuestras cruces y alegrías.

Todos:

Oh Señora mía...

Canto final: